

Víctor
Gómez Pin

«Es simplemente insoportable
que la dialéctica *trabajo embrutecedor-pavor*
a perder tal vínculo esclavo se haya convertido
en el problema mayor de la existencia.»



REDUCCIÓN
y COMBATE
del ANIMAL
HUMANO

Ariel
FILOSOFÍA

REDUCCIÓN y
COMBATE del
ANIMAL
HUMANO

Víctor Gómez Pin

Ariel

FILOSOFÍA

1.ª edición: septiembre de 2014

© 2014, Víctor Gómez Pin

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344- 1863-9

Depósito legal: B. 14.981 - 2014

Impreso en España por
Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

CAPÍTULO I. Del animal domesticado al animal reducido	9
Tras la catástrofe: memoria y renacimiento	9
Tras la catástrofe: singularidad del hombre y cura de las especies	13
Las especies que el hombre contempla	16
El lobo encuentra al hombre	18
Del lobo que sirve al hombre... al lobo reducido	21
En el lobo y en el hombre... retorno de la naturaleza expulsada	27
CAPÍTULO II. Natural despliegue del animal humano . . .	31
El hijuelo del águila alza el vuelo... el niño interroga . .	31
Capacidades que singularizan al animal humano	35
¿El verbo en el principio? En qué momento de la historia evolutiva arranca el hombre	39
Soporte biológico del lenguaje versus poseedor del lenguaje	41
El individuo que se sabe tal	41
El animal con doble muerte y nacimiento	42
La específica exigencia del animal humano	43
Libertad: individuos humanos exclusivamente al servicio de la propia especie	46

REDUCCIÓN Y COMBATE DEL ANIMAL HUMANO

La libertad como creación permanente	48
Esclavitud versus tragedia	49
Condiciones de despliegue de la especie humana	51
Capítulo III. Reducción del animal humano	53
Individuos humanos desarraigados de su especie	53
Nihilismo antropológico... desastre pedagógico	56
La nueva Pléyade	61
El señor al que sirven	63
Naturaleza humana y... «orden natural» forjado por el dinero	67
«El hombre, tu esclavo»	71
Dinero y quimera de escapar al tiempo.	77
El trabajo y el tiempo	78
Producción estéril, destrucción real	80
Falsas querellas... verdaderos sapos	82
«Una bestia grande y fuerte...»	86
El desprecio	86
Herida sin sutura	89
Real indigencia... simulacros de vida del espíritu. . . .	90
Vaciamiento y miseria	93
Palabra sin fuego	94
Humanos desposeídos de su vida y de su muerte. . . .	96
La derrota del lenguaje	100
CAPÍTULO IV. La causa del animal humano	105
El tipo de bien al que el ser humano sí nace predis- puesto	105
Contemporáneo juicio a Sócrates	108
Hambre y exigencia del espíritu	110
Vencer la cobardía humana	113
Como en el guión del sueño.....	114

ÍNDICE

La razón y la ira.	117
Basta un animal humano	119
Quehacer ajeno al tiempo	123
El combate por mantenerse como un animal que sim- boliza	126
Naturaleza humanizada, sociedad naturalizada	129
Animal teórico.	133
Qué ir haciendo. Guerra contra la estulticia.	135
Tarea del Hacedor	142
Epílogo	145
Notas	149

CAPÍTULO I

DEL ANIMAL DOMESTICADO AL ANIMAL REDUCIDO

Tras la catástrofe: memoria y renacimiento

Llegado Solón, «el más sabio de entre los siete sabios», a la ciudad egipcia de Sais, un sacerdote ya anciano le explica las razones por las cuales Egipto tiene supremacía sobre Grecia, pese a estar amenazados ambos países por inevitables catástrofes cíclicas que anulan la vida civilizada. Pues hay una diferencia en la modalidad que adopta la catástrofe en uno y otro lugar, y esta diferencia tiene enormes consecuencias.

La catástrofe no tiene el mismo peso cuando la provoca el fuego o cuando la provoca el agua, pues sólo en el caso del fuego la destrucción es total. Pero aun tratándose de la calamidad causada por las aguas, la gravedad depende de si éstas descienden torrencialmente o, como en Egipto, es producida por el desbordar de un gran río. Pues en el segundo caso, en la llanura misma, aunque desaparecen las plantas, los animales y el hombre, se salvan los templos y las inscripciones que en ellos conservan la memoria colectiva. Y así, cuando las aguas descienden y los supervivientes en las ci-

mas montañosas bajan a la llanura, restauran con ayuda de esa memoria escrita los cimientos de su civilización, lo cual hubiera sido mucho más difícil en base al contingente recuerdo subjetivo.

Así pues, mientras la catástrofe relativamente menor que supone el desbordar del Nilo preserva en Egipto lo esencial, en Grecia la torrencial destrucción cíclica hace que sus habitantes estén a intervalos condenados a empezar de cero: «Solón, Solón, eternos niños sois los griegos... Ninguna arcaica tradición oral ha podido inculcar en vuestras almas opinión fundada ni ciencia emblanquecida por el tiempo», son las palabras que dirige a Solón el sacerdote, según nos cuenta Platón en el diálogo cosmológico *Timeo*.

Cuando, en 1831, Darwin se embarca en misión de naturalista para el viaje alrededor del mundo que le conduciría al descubrimiento de fósiles de especies desconocidas, la teoría oficial seguía siendo que las especies, una vez surgidas (en un acto que sólo podía ser considerado como creación), permanecían sin cambios. Obviamente, más de un observador de la naturaleza era secretamente escéptico, pero téngase en cuenta que el propio Darwin (ya inevitablemente presa de interrogantes, en razón de haber observado la selección artificial en la cría de animales) aceptaba sin excesivos remilgos la ortodoxia. Sin embargo, los naturalistas sabían que ciertas especies habían desaparecido. ¿Cómo hacer compatibles ambas cosas? La hipótesis de las catástrofes (defendida concretamente por el naturalista francés Georges Cuvier) era un recurso: a intervalos, un cierto número de especies eran aniquiladas como resultado de un violento cataclismo, pero la diversidad de la vida se mantenía porque, como resultado de un nuevo acto de creación, otras especies com-

pletamente distintas las sustituían. El mito de las catástrofes cósmicas parece así ser una suerte de constante antropológica que reviste los más variados aspectos, siendo en ocasiones combinado con tentativas de aproximación a la sensibilidad científica.

Pero ateniéndose a los relatos de carácter indiscutiblemente mítico, y cuya fuerza radica fundamentalmente en el vigor literario, no todos presentan la catástrofe como cíclica, y cuando así es, no siempre le atribuyen las consecuencias devastadoras para el orden natural que hemos visto en el texto de Platón. Pues aun en el mayor de los diluvios, cubriendo el agua incluso las más elevadas cumbres y arrasando toda vida que quede a la intemperie, la conservación de las especies amenazadas es posible, a condición de que entre ellas se encuentre esa especie singular que, por su capacidad de efectuar razonamientos, es susceptible de barer los efectos de la catástrofe (además de intuir su inminencia, como lo hacen los representantes de otras especies) y, por su capacidad de forjar cosas que la naturaleza no depara por sí misma, es susceptible de paliar la intensidad de tales efectos, o al menos hacer reversibles sus consecuencias:

«Aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas del cielo fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.»

El diluvio, que abolía la diferencia entre el desierto y sus oasis, habría hecho desaparecer toda vida reconocible si Noé, inspirado por su dios pero considerado loco por los hombres, no hubiera construido pacientemente, a lo largo de ciento veinte años, su arca en el desierto y dado cobijo en ella a representantes de especies animales. Vale la pena de-

tenerse con cierto detalle en este aspecto, no sin antes una precisión que evitará equívocos.

Uno de los pocos libros que Charles Darwin lleva consigo en el *Beagle* es el entonces recientemente publicado primer volumen de su mentor en Cambridge, Charles Lyell, *Principios de Geología*. Es de señalar que trece años más tarde, en 1844, es el propio Lyell quien le animaría a dar a sus notas de viaje la forma de ese libro abismal que es *El origen de las especies*. El tratado de Lyell tenía para muchos un carácter subversivo, en razón sobre todo de que desafiaba una convicción anclada:

Habiendo indicios de acontecimientos geológicos ocurridos centenares de millones de años atrás, la Tierra no podía haber sido creada por Dios hace seis mil años. Por otro lado, a lo largo de estos siglos la lluvia, el viento, erupciones volcánicas, temblores de tierra, etcétera, habían determinado la actual repartición entre mares y continentes, la forma de las cadenas montañosas, el trazado de los grandes ríos o la ubicación de sus fuentes, de tal modo que el gran diluvio no podía ser la causa de la hoy visible configuración de la Tierra, fiel en grandes rasgos a lo contemplado por Noé tras la retirada de las aguas.

Marcando el sendero que seguirá Darwin, Charles Lyell sustituye un relato mítico por hipótesis científicas. Nosotros somos hijos de Lyell y Darwin, pero también somos hijos del mito bíblico, en la medida misma en que lo tomamos como tal, no como un competidor de la explicación científica, ni como un refugio para paliar sus corolarios, concretamente por lo que se refiere a la finitud del hombre. En 1831 la competición del relato bíblico con la ciencia era aún posible, precisamente porque la teoría de la evolución de las especies naturales no estaba conceptualmente asentada, y, en ausencia de concepto, una metáfora o la concatenación

de expedientes literarios que traban un mito, ya es mucho, incluso como elemento de explicación. Ciertamente es que la narración sigue aún funcionando como expediente para no asumir la finitud, en ocasiones de forma casi vergonzante, usando un barniz de cientificidad (la teoría del llamado «diseño inteligente» es uno de los disfraces), que traiciona de hecho el auténtico valor, el que le confiere simplemente su dignidad literaria, gracias a la cual lo que fue designado como *El libro* permite buscar otra cosa que explicación o consuelo. En el mito del diluvio buscamos concretamente que, a través de los recursos narrativos, se ejemplarice algo esencial, a saber: el enorme peso de esa unidad inextricable de técnica y arte, designada por el término griego *techné*, en razón de la cual el hombre se singulariza entre las especies animales. Buscamos en Noé un símbolo del hombre como paciente y laborioso *technites*, condición que, pese a la intensidad de la catástrofe, hará posible la persistencia de una naturaleza vivificada por especies animales.

Tras la catástrofe: singularidad del hombre y cura de las especies

Hay una disputa hermenéutica relativa a si el mito del diluvio es un añadido del siglo V de nuestra era o si es atribuible a Moisés. Mas dado que la propia Biblia indica en otro lugar que Moisés había sido iniciado en la sabiduría de ese Egipto marcado por el cíclico desbordamiento del Nilo, la atribución del relato al profeta tiene en todo caso coherencia. La primera voluntad del Hacedor había sido la exterminación exhaustiva de la vida: «borraré de la faz de la tierra desde el hombre hasta la bestia y hasta el reptil y las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlos creado [...] yo traigo

un diluvio de aguas sobre la tierra para destruir toda carne en que haya espíritu» (versículos 7 y 17). Mas cuando Noé halla gracia ante los ojos de su Señor, éste modifica su designio y le ordena apropiarse y dar cobijo a representantes sexualmente diferenciados de las especies animadas a fin de que, tras la catástrofe, quede garantizada la existencia de las mismas. ¿De todas las especies de la Tierra? Dadas las razonables medidas del arca que el texto describe con precisión y detalle (trescientos codos de longitud, cincuenta codos de anchura y treinta codos de altura [Génesis capítulo 6, versículo 15], hay que pensar más bien que se trata de la fauna local. En todo caso, sólo las especies con presencia en el arca se salvan y así el momento en el que, apaciguadas las aguas, los animales salen de la nave, es simbólicamente una repetición del acto de creación de las especies, destinadas desde entonces a perdurar: «Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará entonces ver mi arco en las mismas. Y el arco será memoria del pacto por mí deseado que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio destructor de toda carne.»

Se ha podido interpretar que el arca equivaldría a un buque de carga de quince mil toneladas destinado casi exclusivamente a mercancía útil. No habiendo plan alguno de navegación, ocioso sería conferirle a la nave forma con proa y popa. El arca está concebido para responder estrictamente a la tremenda circunstancia del diluvio, con un diseño que intenta hacer difícil que pueda volcarse sobre sí misma, cumpliendo así su destino de flotar al capricho de las aguas, hasta quedar varada en ese monte Ararat para ella fijado por Jahvé.

Este aspecto técnico de la narración bíblica es paradigmático de la concepción del papel del hombre en el seno de la naturaleza y de su relación con las demás especies anima-

les. Si Noé no hubiera sido puesto en antecedentes por su dios y no hubiera construido el arca, tras el diluvio hubiera brotado la rama de olivo, pero no hubiera habido paloma para tomarla en su pico, ni cuervo explorador, cuyo tornar al arca una y otra vez es signo de que no hay aún tierra donde posarse. Noé sólo puede erigirse en cuidador de la naturaleza en su manifestación suprema, es decir, erigirse en garante de la persistencia de la vida animada y con forma, por su singular condición en el seno de la animalidad: el animal humano, el animal que además de capacidad sensitiva, memoria, imaginación (facultades que otras especies poseen) se halla dotado de una facultad que le habilita, por un lado para la *técnica-arte*, por otro lado para *hacer razonamientos* (*techne kai logismois* en la expresión de Aristóteles), es el animal que puede salvaguardar el orden natural tras la catástrofe... cierto es que también constituye el animal mayormente susceptible de provocar catástrofes que la naturaleza por sí sola no hubiera jamás producido.

Tras el diluvio, Noé vivió todavía trescientos cincuenta años. Sus hijos Sem, Cam y Jafet, junto a sus esposas, más los animales del arca, fueron suficientes para garantizar el ciclo de las generaciones y con ello la pervivencia del ser humano, del ser por el que se cumple la palabra de Jahvé relativa al perdurar de la vida animal. Vida reducida a las formas o especies de las que el hombre es testigo y que están por él conservadas. La extensión de este cuidado a las especies vegetales, convertiría ya al hombre en depositario de la vida en general, y con ello en efectiva medida de las cosas esenciales.

Las especies que el hombre contempla

Sabemos que la especie *hombre* es resultado del devenir natural, una bifurcación secundaria en uno de los meandros de la trama evolutiva. Pero, sin embargo, a ella incumbe la tarea de conferir a la naturaleza y sus procesos un sentido, a saber, el de ser cimiento para asegurar precisamente la pervivencia de esta misma especie.

La naturaleza puede ser considerada desde muchas perspectivas. Mas al enfatizar el hecho de que constituye el cimiento de la especie humana, de la especie que otorga a las cosas significación, se está evidenciando el imperativo para todo hombre de asegurar la salud del orden natural. Tendríamos aquí el fundamento último de una actitud racionalmente ecológica: no cabe el amor a la especie humana y deseo de su plenitud sin amor a la naturaleza y consecuente lucha por su buena ordenación. A fin de ilustrar literariamente este extremo, volvamos por un momento al mito bíblico.

Las especies recogidas por Noé en su arca son, tras el diluvio, devueltas al medio natural. ¿Quiere ello decir que reencuentran exactamente el estado que era el suyo antes de entrar en el arca? Obviamente no, o al menos no en todos los casos. Para los animales hasta entonces no sometidos al hombre, la entrada en el arca y la convivencia con Noé y su familia suponen ya un principio de domesticación. El arca no es un fruto inmediato de la naturaleza, sino un resultado de la técnica, algo que la naturaleza nunca hubiera producido sin la mediación del hombre. Y en el arca es el hombre quien procura a los animales alimento y quien eventualmente intercede para que no impere entre especies diferentes la rivalidad y lucha por la subsistencia. Este control por el hombre supone ciertamente una restricción en el comporta-

miento espontáneo de los individuos que representan a las especies, pero ello no significa que las facultades que caracterizan a cada una de ellas sean abolidas o radicalmente debilitadas en esos individuos, sino simplemente que son sometidas y canalizadas con vistas a la salvaguarda del orden humano que ha de imperar en el arca. He aludido ya al hecho de que Noé se sirve del cuervo para saber si las aguas han descendido, y que lo mismo hace con la paloma. Obviamente, si la paloma y el cuervo perdieran la capacidad de volar... no hubieran sido útiles para su objetivo.

Amar de manera concreta a la naturaleza nunca debe ser desear que permanezca en un estado puro o salvaje. De entrada, porque ello equivaldría al amor de una quimera. La naturaleza nunca es para nosotros pura. Para afirmarse en esta convicción ni siquiera es necesario remitirse a lo que hoy son casi tópicos cuánticos de la cultura general (relativos a la inevitable perturbación que conlleva la simple contemplación del hombre a través de instrumentos, ya sean simplemente los ojos). Basta el argumento de que cada vez hay menos aspectos de nuestro entorno que no se hallen de una manera u otra mediatizados por la técnica. Considérese por ejemplo el concepto de *parque natural*. Se trata del estricto fruto de una selección, la cual mantiene un ámbito de la naturaleza *artificialmente* protegido de las influencias del contexto. De alguna manera cabría decir que nada hay menos *natural*, al menos si nos atenemos a la etimología de *physis* (término griego que traducimos por *naturaleza*), que hace referencia a la actualización o despliegue de una potencia intrínseca, despliegue que eventualmente se efectúa venciendo condiciones adversas, lo cual obviamente poco tiene que ver con la situación de hallarse protegido desde el exterior. De hallarse *protegida*... la naturaleza ha dejado de ser tal, cabría decir, lo cual no significa que la causa del hom-

bre no pase por una intervención en la naturaleza; intervención que la preserva de la propia acción perturbadora del hombre, mas también de las contingencias de la naturaleza misma. Pues para la causa del hombre no cuenta tanto una naturaleza *pura* como una naturaleza *buena*, es decir, susceptible de potenciar el despliegue de nuestras facultades generales, como animales que somos, y de nuestras facultades específicas como seres de razón y de palabra.

El lobo encuentra al hombre

En una región de alta montaña asolada por inviernos extremadamente duros, con un paisaje casi permanentemente cubierto por la nieve o sumergido en la niebla, un forastero que ofrece sus servicios como cazador de lobos provoca de entrada la desconfianza de los hoscos habitantes, pero acaba legitimándose ante ellos al ayudarlos en su lucha cíclica contra manadas del predador, las cuales diezman el ganado, amenazan a los hombres y determinan la vida cotidiana y hasta los trazos psicológicos de los lugareños, presas de un sentimiento de fragilidad y de una permanente inquietud rayana en el terror. El cazador suscita el interés de la mujer de un segundo lobero, persona roída por los celos y por la obsesión de cazar vivo a uno de los animales, cosa que sólo logra al precio de atraer la atención de la manada y morir destrozado en el bosque nevado: tal es en síntesis la sobria y dura historia que el cineasta italiano Giuseppe de Santis filmó a mediados del pasado siglo en torno al destino entrecruzado de los lobos y los hombres.

Espejo de lo que ocurre a gentes de tantas sociedades rurales, los montañeses de esa Italia septentrional, muchas veces enfrentados entre sí tanto por la defensa de intereses

legítimos como por la codicia o la envidia, se hallan necesariamente unidos por la necesidad de medirse con la naturaleza, que parece siempre dispuesta a vengarse por el hecho mismo de que, con tensión extrema, los hombres le arranquen año tras año lo necesario para la subsistencia y para un elemental decoro de sus vidas. Venganza para la cual dispone de fenomenal aliado en esa manada de lobos que asola la comarca...

En una atmósfera social como la evocada en la película de Giuseppe de Santis, marcada por la ancestral lucha entre hombres y lobos, poner el énfasis en la analogía entre ambas especies apuntaría sobre todo a una mejora de la estrategia de combate, sustentada en un buen conocimiento del enemigo. Pero la historia de los hombres y los lobos no está hecha tan sólo de combate mortal, en el cual por así decirlo las dos especies están homologadas por comunidad de objetivo. Pues sabido es que el hombre venció al lobo, no en el sentido de que lo aniquiló, sino de que logró domesticarlo. Pero *domesticar* es un término equívoco, pues no son *domésticos* de la misma manera el *pet* de los hogares americanos y el sabueso que caza en jauría.

Así como hay etapas del fuego, hay asimismo etapas de la domesticación. El primer paso consistió posiblemente en hacerse con individuos aislados que, con mayor o menor violencia, eran incorporados al hábitat del hombre. Puede tratarse incluso de crías que son recogidas antes de haber desarrollado sus potencialidades específicas, las cuales son más o menos debilitadas en la adaptación a la convivencia con el hombre. Pero la domesticación propiamente dicha de una especie empieza cuando el hombre incorpora a su propio ámbito no un individuo aislado sino un conjunto cuyos miembros a partir de ese momento son controlados, tanto en su desarrollo individual como en el cruce reproduc-

tivo. Surge así una selección artificial que viene a complementar la selección meramente natural.

Las razones de la domesticación pueden ser tanto prácticas como vinculadas a la religión y hasta fruto del capricho (lo cual explica los casos en los que la utilidad es tan sólo posterior, así esos ovinos que proporcionan lana, aunque careciera de ella el ancestro domesticado). Pero no obstante en el origen de la misma hay ciertamente el interés por una especie concreta, no por lo que un individuo tiene de meramente animal o aun de meramente vital. Y ello en todas las especies animales. Por eso la domesticación, que *complementa* la selección natural, no extirpa los rasgos determinados por la naturaleza específica, o al menos no lo hace en todos los casos.

Ciertamente, la variedad de aves de corral existentes hoy en día es fruto de una selección artificial tan meticulosa que ninguna representa ya la especie silvestre de la cual casi todas derivan, *Gallus gallus*, presente hace cuatro mil años en la India. Entre otras cosas porque no ha interesado al hombre que los descendientes de *Gallus gallus* conservaran algunas de las facultades de su ancestro, la capacidad de vuelo y (excepto en casos como los gallos de pelea) la agresividad, de tal modo que como resultado de la domesticación algunas de estas variedades serían inmediatamente presa de depredadores, de no hallarse protegidas por el hombre. En este caso cabe decir que la técnica del hombre, que le ha permitido ir seleccionando los rasgos que en un momento dado mayormente le convenían, sea para la alimentación o para la instrumentalización, ha conducido a la extinción de una especie. No siempre, sin embargo, la domesticación supone un grado tal de merma en las facultades.

Del lobo que sirve al hombre... al lobo reducido

Hay casos en que la domesticación de ciertas especies, incluso potencialmente dañinas, no podía apuntar a una radical supresión de rasgos, entre otras razones porque ello podría ser contrario a los objetivos que se buscaban. Se sabe que en el cuarto milenio antes de nuestra era, en Sumeria se domesticó al guepardo. Pero, desde luego, en absoluto convenía que el ahora convertido en dócil (para el hombre) animal hubiera perdido su capacidad de correr a más de cien kilómetros por hora, que hacía del guepardo un precioso auxiliar en la caza. *Domesticar* no es, pues, lo mismo que *desembravecer*.

La domesticación del lobo se remonta al Paleolítico y es así muy anterior a la que en el Neolítico afectó a otros animales. En noviembre de 2002 se publicaron en *Science* dos estudios comparativos de material genético de más de seiscientos perros de los cinco continentes y treinta y ocho lobos euroasiáticos. Del trabajo se infería que todas las razas de perros, pese a su enorme diversidad, tendrían origen común hace unos quince mil años en Asia, como resultado de la domesticación del lobo. El proceso de domesticación habría sido muy lento, pues se remontaría como mínimo a cuarenta mil años. Y cabe imaginar que ello supuso un encarnizado combate entre ambas especies, combate en el cual acabaría primando la inteligencia. Se sospechaba desde hace tiempo que los perros conviven con los hombres desde antes de que lo hicieran las cabras, los caballos y hasta las vacas, pero la confirmación científica de estos hechos ha venido a conferir una suerte de legitimidad a la consideración de la que son objeto estos animales en las sociedades urbanas de Occidente, la cual algunos hacen extensiva al ancestro común de todas sus variedades.